

FRAGMENTOS DE SUS MEMORIAS

A los sesenta años cumplidos, doy inicio a una especie de antimemorias, pues en estos escritos que estoy trazando sobre un trozo de papel en blanco que se parece a un desierto cubierto de nieve, serán abundantes las verdades que se carán la mano con esa dulce fantasía que es la gran mentira de los sueños, o la piedad del alma frente a la impiedad de las cruentas realidades que a cada instante nos asedian. A los sesenta años me siento más viejo que el antiquísimo Matusalén, con mis pies como raíces que se ahondan en todas las tumbas, y mi memoria como un árbol lleno de nidos destruidos. Y soy el último de todos los que fenecen. El último romántico, pues mi vida sentimental es como esa vieja copla andaluza que dice: "Soy como una moneda -que pasa por muchas manos- y en ninguna se queda." Durante casi toda mi vida traté de esquivar el lazo del amor manejado por hábiles laceadores, y traté de pasar enmiendo al borde de los fuegos de miel de las más placenteras pasiones. Y soy el último magnate, pues en mi anárquico modo de vida he vivido como un príncipe del Renacimiento a pesar de que mis bienes terrenales me acercaban cada vez más delirantemente a los viejos vagabundos de la Europa clásica. Esos viejos con solemnes barbas blancas llenas de pétalos secos que habitaban en las casas destruidas o en conventos como quien habita en un elegante palacio. El último poeta bíblico que construyó ciudades y luego destruyó esas mismas ciudades o el que en una misma fosa puso los cadáveres de los hombres que asesinó en sus sueños junto con los despojos de cien

ángeles de la guarda y con una colección de cuernos que pertenecieron a graves jueces y a los demonios que habitan los rincones de la tierra.

Escribir unas memorias es revivir a pedazos, sin orden establecido, las viejas películas amadas por el corazón añorante. Si lanzo un primer gemido, quiero decir, que estoy aún carente de memoria dentro de una cuna en el Hospital de Vercelli, una noche lluviosa del año 1938 y es el mes de octubre cuando para la poesía y para una digna pobreza franciscana nace al mundo el poeta y agricultor de tierras pobres, Enrico Valpe Mossotti, hijo primero de Carlo Valpe Pramaggiore y de Pierina Mossotti Alessio, y dicen unas primas mías que ese día una estrella blanca iluminó el cielo de la Padana, anunciando el nacimiento de un ser que, con el paso del tiempo, sería más que amado, odiado.

Sobre los campos nevados se escondían las terribles lámparas de la sangre asesinada. Sobre las ciudades de la lanura Padana gapaba la muerte. Era el tiempo de la Segunda Guerra Mundial y todos los niños se contemplaban el rostro en los espejos de la muerte. Allá en los montes lejanos y en las tierras del río Carso, estaban las tumbas de los viejos padres. En los campos, decían las mujeres andanas, nacían unos girasoles de intenso color negro, como si el luto hubiera llegado también a las flores, y yo pensé que esas flores eran las lágrimas de la tierra. Con el paso de los años recordaría ese tiempo con algunos poemas de mi libro *Imperfecto Exilio*, como en grandes

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fragmentos de sus memorias [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile